

lo jefe de la secretaría de esta prefectura. Enemigo aquel señor de figurar en los puestos públicos, por carácter y por convencimiento, cedió en esta vez á consideraciones de amistad y á las vivas instancias que se le hicieron, cuyas instancias por mi parte no tuvieron otro origen que el buen deseo de acercar al imperio uno de los *muy pocos amigos que ya le quedan en este departamento*.—Tales antecedentes es seguro que los ignora S. M., y ruego a V. E. tenga la dignación de hacerlos presentes, manifestándole á la vez, que de cualquier modo, el Señor Lama deberá separarse de la Secretaría, porque debiendo yo ser sustituido en breve, á virtud de la reiterada renuncia que tengo hecha de la prefectura, la persona que se nombre, usando de la amplia libertad que le da la ley, nombrará y removerá á su arbitrio al secretario del despacho.”

Y como si fuera pleito interminable entre aquellas autoridades, Cortés Esparza replicó: “El gobierno de S. M. se ha servido disponer se esté á lo que con anterioridad se sirvió determinar, desaprobando el nombramiento que hizo esa prefectura en la persona de D. Francisco Lama para secretario de la misma.”

A caprichos nadie le ganaba á del Moral: acordó lo siguiente: “Estése á la ley, y comuníquese este acuerdo al ministerio.”

Por supuesto que aplaudo á dos manos el comportamiento de D. Antonio del Moral; pero también hay que poner por las nubes la paciencia y mansedumbre de Maximiliano, respecto de un súbdito tan independiente de carácter.

El general Régules, después de las acciones que principiaron en el puente de Huaniqueo y terminaron en el malpaís de Zipiajo, es decir, después de la batalla de Huaniqueo, como la llamó De Potier, se dirigió á Tacámbaro, recibiendo allí las felicitaciones de los generales Arteaga y Riva Palacio. En seguida fué á tomar cuarteles en Santa Rosa y otras haciendas inmediatas, á fin de evitar una sorpresa que pudiera darle el enemigo en la ciudad. El acuartelamiento tenía otros dos

objetos: dar descanso á la tropa y esperar se construyera alguna cantidad de parque. En Huetamo, en Turicato, y en el mismo Tacámbaro, había mucha gente ocupada en hacer cartuchos, siendo fácil en aquellas localidades conseguir la pólvora. En cuanto al plomo, los Alzati, Heimburger, Vicente Guzmán y otros vecinos de Zitácuaro, exponiéndose á serios peligros, lograban extraerlo de Trojes, población situada cerca de Angangueo que casi siempre tenía destacamento de franceses ó traidores; por fortuna los alemanes dueños de la negociación de beneficiar metales en aquel lugar, eran adictos á la causa mexicana y proporcionaban á los republicanos grandes cantidades de plomo.

Por aquellos días, Zitácuaro, Angangueo, Tlalpujahua, El Oro, Tuxpan y Tajimaroa, tenían guarniciones de franceses, de belgas ó de traidores. Las columnas de Méndez y de Lamadrid recorrían la zona en activa persecución de las guerrillas. Aquel constante estado de guerra se prestaba á las depredaciones; y Ugalde, sin respetar el patriotismo de todos y de cada uno de los habitantes de aquellos pueblos, había vuelto á cometer toda clase de excesos, y por desgracia su tropa era superior en número á la de los demás guerrilleros.

El general Riva Palacio recibía frecuentes quejas de los desmanes causados por la gente de Ugalde, y no encontró otro remedio que dar orden á Pueblita de que al marchar á su nueva expedición, pasase por los terrenos de Zitácuaro é incorporase á su fuerza la de Ugalde.

El general Pueblita había llegado también á Tacámbaro en los primeros días de Mayo, de vuelta de su correría por el poniente del Estado. Dió unos días de descanso á su tropa y luego hizo una excursión por la Huacana, Pueblo Nuevo y otros lugares de la tierra caliente, para proveerse de elementos, y á mediados del mes emprendió su marcha al departamento de Zitácuaro. Pueblita iba contento como siempre que había que pelear.

Tiempo hace que hemos perdido de vista á Salazar, y es preciso decir algo de aquel jefe tan simpático y valiente. El 13 de Marzo llegó á Tacámbaro y entregó su fuerza al general

Riva Palacio, siendo acogido por éste con la efusión de su antigua y mútua amistad; no así por parte de Arteaga que no le quería perdonar aún su rebelión y que por lo tanto le dió orden de que quedase en cuartel. Para Salazar que amaba el combate, que sentía arder en las venas el patriotismo más exaltado, que, en su carácter, era para él un suplicio el reposo, aquella orden lo exasperó. Tuvo que obedecerla, pero no la prudencia de soportarla en silencio, y no omitía ocasión de censurar los actos de Arteaga, su impericia, y hasta su inutilidad á causa de sus heridas. Estalló entre ambos, como era necesaria consecuencia, una enemistad que parecía inextinguible y que hubiera sido de fatales resultados, sin el buen juicio de los demás jefes del ejército. El rencor, la mala inteligencia, aguijoneaban en ambos aquella fatal pasión. Esto sucede siempre en toda clase de corporaciones; pero parece que es inevitable en el ejército. Durante aquella campaña hay varios ejemplos de este género: así, en el cuerpo expedicionario francés, Forey tuvo por enemigo á Bazaine; para éste lo fué el general Douay. En las tropas reaccionarias ¿quien ignora el odio profundo que se profesaban Márquez y Miramón? La envidia, llevada al último extremo, de Méndez á Miramón, fué tal vez la causa del desenlace de Querétaro, pues se sabe que siguiendo el parecer de Miramón, Maximiliano con los suyos debía intentar una salida general la noche del 14 de Mayo de 1867 y abandonar la plaza á toda costa, pero Méndez para contrariar á su rival, consiguió que la salida se fijase para la noche del 15 al 16. Se sabe también que Miramón se manifestó muy contrariado de este retardo y que Maximiliano le dijo: "No se aflija vd., Miguel, ¿qué importan veinticuatro horas para el éxito de la operación?" "Señor, yo no soy de la opinión de V. M.; Dios nos guarde durante estas veinticuatro horas!" En efecto, durante aquel intervalo, Maximiliano pensó que ni la opinión de Méndez ni la de Miramón valían la pena y que la suya era la preferible: en consecuencia, envió á Miguel López al campo republicano..... para morir en un cadalso mejor que en la pelea ó en el acto de evacuar la plaza!

Esta envidia, estos celos entre los jefes superiores de un

ejército suelen tener fatales consecuencias, fuera de que empuñan á los que los alientan. Jamás un general reconoce las glorias de su émulo, y cuando todo el mundo las proclama, él las califica de fábulas ó de falsedades.

Por fortuna, repito, la enemistad entre Arteaga y Salazar no produjo otro mal que el de privar á nuestro ejército por algún tiempo del concurso de aquel jefe valiente, audaz y amado hasta el delirio por sus soldados.

En el carácter episódico de estos apuntes cabe muy bien entrar en pormenores de esta clase que tienen cierto interés local de importancia. Los consigno aquí, siguiendo el orden cronológico de los acontecimientos, y más adelante insistiré en este asunto.

Por ahora voy á seguir ocupándome de De Potier y de lo que pasaba en Morelia. El jefe francés permaneció en Pátzcuaro hasta los últimos días de Abril, descansando de sus fatigas y saboreando (amargamente) su triunfo de Huaniqueo. Algún imperialista pacífico de Quiroga, de esos que los soldados llaman *hojalateros*, porque todos sus servicios consisten en decir *¡ojalá* que ganen los nuestros! llevó á Pátzcuaro el *chisme* de que la población había recibido con entusiasmo á Régules y á su tropa, y proporcionándole toda clase de recursos en la famosa noche del día 23. No se necesitaba tanto para que el *comandante superior* de Michoacán, respirando odio y venganza, quisiese castigar á los vecinos de aquella villa, y al efecto, marchó á ella é impuso al vecindario una multa de cuatro mil pesos, que hizo efectiva con rigor y crueldad, sin que valiesen las súplicas de las señoras ni el llanto de los niños. Allí mismo redujo á prisión á la esposa del teniente coronel republicano Narciso Garcilaso, y la mandó á Pátzcuaro bajo la vigilancia del sub-prefecto D. Miguel Patiño, que era el reverso de la medalla de D. Antonio del Moral. En seguida la columna francesa emprendió el camino de Morelia. De Potier no podía contener su cólera é iba ansioso de ejecutar en aquella ciudad otros actos inicuos. Para mayor desgracia de sus víctimas, durante su marcha no cesaron de tirotearlo y de burlarse de él, escapándosele y ocultándose en el bosque para reaparecer de nuevo, aquellos famosos guerrilleros que

no se apartaban de las goteras de Morelia, interceptando correos, quitando convoyes y teniendo siempre en alarma á la ciudad. Me refiero á los tres hermanos Manuel, Víctor y Gerardo González, que no traían á sus órdenes arriba de treinta chinacos, que se hacían invisibles cuando les convenía y que se dejaban ver cada vez que querían fastidiar á los *mochos*. En aquella ocasión acompañaron á De Potier hasta que tuvieron el honor de dejarlo en la garita de Morelia, despidiéndose de él con un fuego inesperado.

Furioso entró De Potier en la Capital de Michoacán. Inmediatamente mandó reducir á prisión á las familias de los generales Arteaga, Salazar y Pueblita, y á la esposa del comandante Jesús Ocampo, y las puso incomunicadas y con centinelas de vista: la primera de esas familias se componía de la señora Octaviana Valdovinos y de su sobrina Desideria; la segunda, de la señora Mariana Porrua y de su hija Vicenta, y la tercera, de la señora Francisca Buitrón y de su hija Salud. Todas sufrieron los rigores de la prisión sin exhalar una queja. El pretexto de De Potier fué que las presas mantenían correspondencia con los jefes de cada una de aquellas familias.

De este hecho infame, cometido contra débiles mujeres que eran á la vez señoras honorables, no hablan los escritores imperialistas.—Los jefes franceses acostumbran publicar sus *memorias*: ¿qué dirá De Potier cuando llegue á este capítulo de las suyas? Que lo hizo sin conocimiento del Prefecto del Moral para que no se le pusiesen obstáculos.

Pero no pararon en esto sus atentados. En cuerpo de patrulla llevaron á su alojamiento á los señores D. Jesús Marmolejo y D. Miguel Caballero, á quienes supuso agentes de los republicanos, y allí, en medio del patio de la casa, contraesquina del colegio de San Nicolás, y presenciándolo De Potier, los soldados franceses aplicaron un banco de palos á cada uno de aquellos mexicanos.

Chorreando aún la sangre, en la noche del mismo día, Jesús Marmolejo fué á incorporarse en Tacámbaro á las fuerzas liberales, é hizo con constancia y distinguido valor todo el resto de la campaña.

Tal procedimiento, más expedito que el de las cortes marciales, provocó un grito general de indignación, primero en Morelia y después en la República entera.

Al tener noticia de este hecho y de la multa impuesta á los vecinos de Quiroga, el prefecto político D. Antonio del Moral pasó un oficio lleno de energía, como todos los suyos, al comandante superior, pidiendo que no se llevase á efecto la multa y protestando contra el castigo aplicado á los dos individuos referidos.

De Potier rehusó tratar oficialmente aquel asunto, y del Moral pasó en persona en la mañana del día 10 del mismo mes de Mayo al alojamiento de aquel jefe, llevando una comunicación del Mariscal Bazaine, en contestación á otra que él le había enviado, dándole noticia de aquel desagradable suceso.

El oficial que estaba de servicio, al preguntar el Señor del Moral por el jefe francés, le contestó que no estaba en casa, que hacía un momento que había salido. Persuadido el prefecto político de que el coronel De Potier estaba dentro y de que aquello era una evasiva para no hablar del asunto que llevaba, se retiró, y en la tarde del mismo día 10 le dirigió la siguiente comunicación:

“Señor coronel De Potier.—Asuntos del servicio público que V. S. ha rehusado tratar oficialmente, me pusieron en la penosa necesidad de ocurrir hoy á las once á su habitación.

“La multa impuesta y exigida por esa comandancia á los vecinos de Quiroga, y el severo y humillante castigo aplicado á dos personas de esta capital, han causado honda y amarga sensación en el público que espera con ansiedad la solución de estas graves cuestiones, solicitada por la autoridad civil. Con este objeto y con vista de lo que sobre el particular se sirve decirme el señor Mariscal Bazaine, en comunicación que recibí ayer, me apresuré á acercarme á V. S. en la hora que dejo indicada; pero habiéndome anunciado por medio del oficial de servicio, tuve el desagrado de que se me mandara contestar que V. S. andaba afuera, cuando estaba seguro y tenía la evidencia de que en aquel momento se encontraba en su habitación.

“En tal concepto, debo anunciar á V. S. que en lo sucesivo

esta prefectura no tratará negocio alguno con esa comandancia, sino por escrito, y en el lugar, modo y forma que corresponden á su dignidad."

Tan luego como De Potier vió que había de por medio una comunicación del Mariscal Bazaine, afectó mucha deferencia con el señor del Moral, apresurándose á contestarle con el siguiente oficio:

"Señor Prefecto:—Estoy verdaderamente apenado por lo que ha sucedido, y le suplico crea que no tengo parte alguna en esta equivocación. Siento que no me haya usted hecho llamar por medio del centinela (!). Para no molestar á usted, pasaré á su casa á los tres cuartos para las cinco, al irme al paseo. Le suplico me diga si estará usted en su casa á esa hora.

"Reciba usted, señor prefecto, las seguridades de mi alta consideración."

Este desagradable incidente determinó al señor del Moral á repetir su renuncia. Como las demás, esta comunicación es digna de ser conocida. Hé aquí sus términos:

"Señor.—Es ya de todo punto inútil mi permanencia en la prefectura. Desde que tomé posesión de ella, he estado manifestando sin cesar, por todos los Ministerios, con especialidad por los de Gobernación y Guerra, y á V. M. directamente, los inmensos males que afligen al Departamento, y no se remedian: he dirigido repetidos informes sobre los varios ramos de la administración pública, y no se me escucha; hago consultas en negocios graves, y no se resuelven; hablo, en fin, y no se me contesta ó se me dan tardías y lastimosas contestaciones. ¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa? No lo comprendo.

"Entretanto, el Departamento en su agonía fija sus miradas sobre la autoridad pública, acusándola de inepta, ó de indolente al menos á los desastres de los pueblos. De cualquier modo, ni la conveniencia, ni el honor permiten permanecer en un puesto en que nada puede hacerse en bien de la sociedad.

"Suplico por lo expuesto á V. M., y se lo suplico por tercera vez, se sirva admitirme la renuncia que tengo hecha de

la prefectura política, previniendo al prefecto municipal se reciba del mando, mientras V. M. tiene á bien nombrar persona que definitivamente lo ejerza."

El lenguaje del Licenciado del Moral debía haber hecho comprender á Maximiliano que aun los conservadores en México hablaban el idioma franco y enérgico de la democracia, y que desconocían todos los hábitos de las monarquías. Preciso es confesar que Maximiliano toleró demasiado á su prefecto. Todavía en esta vez lo conservó en el poder.

De Potier, en su papel de verdugo, anduvo tan desacertado como en sus hechos militares. Ni Marmolejo ni menos Caballero, las víctimas á quienes mandó azotar, figuraban entre los agentes que Arteaga tenía en Morelia. En cuanto á los verdaderos, ni llegó á saber sus nombres: alguno de ellos estuvo á punto de caer en sus garras; pero el señor del Moral logró salvarlo, poniéndolo bajo su protección oficial, para desviar de esta manera la mirada del jefe francés.

Eran varios los agentes: unos se entendían con los jefes de grupos del pueblo y habían conseguido en efecto que, en caso de que se acercase Régules á Morelia, le prestarían ayuda eficaz; otros hablaban con oficiales de la fuerza imperialista mexicana, y algunos otros que podían explicarse en francés, lograron que muchos soldados franceses y belgas se desertaran, yendo algunos á incorporarse al ejército republicano, y los demás, pasando el río de las Balsas, fueron á establecerse en el Estado de Guerrero.

Los agentes enviados á Guanajuato lograron ponerse en comunicación con algunos oficiales de fuerzas del imperio, y el resultado fué que de León se sacase el capitán Jesús Aguilar un cuerpo de caballería denominado el 13; y el capitán José María Macías y el teniente Calvillo, dos compañías de infantería del batallón de Yuriria. Estos oficiales obtuvieron el ascenso inmediato y prestaron desde luego importantes servicios á la causa nacional. Por de pronto dichas fuerzas formaron parte de la sección Garnica y expedicionaban por lo tanto en el centro del Estado.

El general Régules, en sus conversaciones íntimas con sus subalternos, se lamentaba siempre de que no anduviese á su

lado el cuerpo de caballería "Lanceros de Huerta," cuya oficialidad y tropa se componía de soldados valientes, disciplinados, y que en otro tiempo habían dado pruebas de patriotismo. Recordará el lector que esa fuerza era la que Elizondo había arrastrado consigo en su defección. Uno de los oficiales de Régules, oyendo á este general, le ofreció ir á hablar con el teniente coronel Norberto Salgado, que entonces mandaba aquella tropa. Régules lo puso en conocimiento del general Arteaga, quien desde luego aceptó. Casiano Chávez, que así se llama el referido oficial, se dirigió á Ario, en donde se hallaba de guarnición el antiguo cuerpo de que se trata, y que entonces tenía la denominación de 7º de caballería. La comisión era peligrosa, pues que los dos jefes principales del destacamento, coronel Jerónimo Casa Rubias y teniente coronel Luis Madrigal, eran celosos partidarios del imperio y enemigos á muerte de los liberales.

Casiano Chávez entró á Ario de noche: se alojó en la casa de un amigo suyo manifestando que estaba tan gravemente enfermo (tenía, como casi todos sus compañeros, las terribles calenturas de la tierra caliente), que se veía en la necesidad de separarse de las filas y guarecerse en una población de elementos, aunque estuviese ocupada por el enemigo; pero que, deseando tener algunas garantías, iba á ponerse bajo la protección de Salgado.

En efecto, envió á llamar á éste, que se sorprendió al verlo: en el acto entraron en explicaciones y fácilmente se entendieron, porque ni Salgado ni sus oficiales estaban contentos en el imperio.

Ahora, oigamos lo que sobre este particular dice Esparza, el mismo Félix Esparza que, militando en el 7º, nos dió en otra vez la narración del hecho de armas del puerto de Medina.

"El 17 de Mayo, á las siete de la noche, fuí llamado por el teniente coronel Norberto Salgado, y muy reservadamente me dió instrucciones, ordenándome que al toque de silencio encerrara en una pieza del cuartel á todas las soldaderas, que encargara mucha vigilancia á la guardia, y que á media noche en punto mandara ensillar con mucho silencio; así lo hi-

ce, y en aquella hora se presentó Salgado y dió la orden de montar y de salir. Tomamos el camino de Zinzongo, cubriendo yo la retaguardia con diez hombres. Nadie nos persiguió; pero al llegar al rancho de las Escobas vimos un grupo numeroso de gente. Se le mandó reconocer, y ¡cuál fué nuestra sorpresa al distinguir allí á todas las soldaderas! Al sentir que el Cuerpo salía del cuartel con todo silencio, comprendieron ellas que volvíamos á nuestras banderas, y á poco rato, sin hacer el menor ruido, forzaron la puerta, y como sombras se deslizaron repegándose á la acera de las calles, y desde la orilla de la población abandonaron el camino y tomaron veredas, lo que les permitió llegar al rancho pocos minutos antes que nosotros. Esas mujeres adivinan el movimiento de las tropas, y son más listas que los soldados. Llegamos al amanecer al Caulote y seguimos de frente el día 18. En el mismo día encontramos en Pedernales al teniente coronel Julián Solano, y el 19 entramos en Tacámbaro, en donde fuimos muy bien recibidos por el general Arteaga, quien luego expidió una proclama en que nos felicitaba por haber vuelto al lado de los defensores de la Patria."

En Zitácuaro se había reanudado por aquellos días la lucha.

"En 15 de Mayo, una columna de cuatrocientos franceses al mando del coronel Clary, se desprendió de Toluca en busca del coronel Ugalde, quien, sabedor de que se le perseguía y de que se había capturado á su familia, fué con la fuerza de su mando al encuentro de Clary, auxiliado aquél por el cuerpo de lanceros de Jalisco, de que era jefe el coronel Zuavia, por las fuerzas de los coroneles García, Acevedo, Martínez y Granda, y por un piquete de caballería del general Pueblita; y habiendo trabado un combate muy reñido entre la hacienda del Manzanillo y Barranca Honda, obligó á Clary á contramarchar, con pérdida de doce muertos y veintitrés heridos, salvándose la familia de Ugalde.¹

¹ Memoria del Gobierno de Michoacán.

El general Pueblita acababa de llegar á la hacienda de la Encarnación, muy poco distante de Zitácuaro, y pudo por lo tanto prestar á Ugalde un pequeño contingente para que lo auxiliara.

Por aquellos días, De Potier preparaba su regreso á México, llamado por el general Bazaine. En su marcha debía tocar primero á Zitácuaro, en donde la presencia de Pueblita había reanimado el espíritu público y contentado á todos los habitantes que sabían que Ugalde quedaba refundido en aquella fuerza y que pronto saldría á expedicionar por el Estado de Guanajuato.

La brigada de Pueblita, con la guerrilla de Ugalde, alcanzó un efectivo de poco más de quinientos hombres, y ya se preparaba á salir de Zitácuaro, cuando se tuvo noticia de la aproximación de De Potier con el 81 de línea y una fuerza de Angangueo, formando en conjunto un total de mil cuatrocientos hombres.

Pueblita envió por el camino de la Florida á Zuavia, Acevedo, Castillo, Granda, Martínez y Ruiz que se le incorporaron, para hacer frente á De Potier, y que en número de cuatrocientos hombres fueron á situarse en el cerro de la Coyota; y Pueblita con el resto de la fuerza, también de cuatrocientos hombres, esperó al enemigo en la hacienda de la Encarnación. Al ver á los imperialistas, el general republicano dispuso su tropa en batalla. Eran las siete de la mañana del día 25 cuando se dió principio al combate, luchándose con valor por una y otra parte. A la hora, Pueblita emprendió su retirada en buen orden, rumbo á la Florida. Por de pronto lo persiguió De Potier; pero sabedor sin duda de que había otra fuerza de chinacos en el camino, desistió de su empresa, regresando á toda prisa á Zitácuaro, desde donde dió el parte de haber derrotado á Pueblita, "que dejó sobre el campo de batalla setenta hombres muertos, muchos heridos, algunos prisioneros, ochenta caballos, sillas de montar y algunas armas." Ya se sabe el crédito que merecen los partes de De Potier.

Antes de emprender éste su marcha hacia México, cometió toda clase de depredaciones en los pueblos del contorno,

haciendo una recogida general de ganado que luego vendió á ínfimo precio, tratando como enemigos á los que no querían comprarlo.

Por fin, el prefecto de Zitácuaro dió al general en jefe el siguiente lacónico parte:

"De Potier con el bandido Lamadrid y otros traidores se han marchado para México, llevando una conducta de ochenta y tantas mulas cargadas de reales, y un pesado carro que no se sabe asertivamente qué contiene."

En esos mismos días el derrotado Pueblita, despidiéndose de sus compañeros de armas de Zitácuaro, emprendía su marcha rumbo al Estado de Guanajuato, para cumplir así las instrucciones del Cuartel General. Vamos á seguir á este jefe en esta expedición, para no volvernos á ocupar de él sino en supremo y aciago momento.

Si hemos de creer á De Potier, en el hecho de armas de la Encarnación tenía Pueblita ochocientos hombres, de los cuales fueron muertos setenta, heridos y prisioneros otros muchos: no habla de dispersos, pero es de suponer que los hubo: de modo que no hay exageración en calcular que la pérdida total, según el parte oficial del jefe francés, fué de ciento cincuenta, y si además descontamos cosa de doscientos hombres de los de Zitácuaro que se quedaron en su propio terreno, Pueblita no contaba ya más que con cuatrocientos para marchar á Guanajuato.

Ahora bien, á los ocho días de su derrota en la Encarnación, "á las doce del 2 de Junio, llegó al Valle de Santiago al frente de una fuerza de mil hombres de caballería, quinientos infantes y una pieza de artillería, en unión de otros jefes republicanos, decidido á tomar la población que se hallaba guarnecida por una corta fuerza de zuavos y por tropas auxiliares mexicanas. El ataque fué impetuoso y fuerte. La lucha se trabó con igual ardor por una y otra parte. Los republicanos hicieron notables esfuerzos por penetrar en las calles, acometiendo con extraordinario brío; pero viendo mermadas notablemente sus filas por las balas de sus contrarios, se vieron precisados á retirarse, á las once de la noche, dejando muchos muertos sobre el campo de batalla. La guarnición

tuvo cinco soldados zuavos heridos; el teniente también de zuavos, Durvidier, herido gravemente, y de los auxiliares, tres soldados muertos y tres oficiales heridos.”

Lo anterior está tomado de la obra de Zamacois, quien copió el parte oficial rendido por el capitán Namois, jefe de la guarnición, que debe haber sido discípulo de De Potier en este género de literatura. Lo que hubo de cierto fué que Pueblita atacó el Valle con los setecientos hombres de su brigada, en la que ya estaba refundida la guerrilla de Ugalde, y con doscientos *chinacos* de los Potreros, al mando de Bermúdez, de Bravo y de Ledesma que fueron, como ellos decían, “á darle una manita al general.” También es cierto que Pueblita fué rechazado con grandes pérdidas, pues tuvo cuarenta muertos y mayor número de heridos, y es verdad también que la guarnición se componía de dos compañías de zuavos y de trescientos *mexicanos*, muriendo cinco de los primeros y más de treinta de los segundos, pues los franceses ponían siempre á sus aliados de *carnaza*. Entre los heridos, que no fueron pocos, estaba en efecto el teniente Durvidier de quien se dijo que á los pocos días había fallecido.

Después de este fracaso, continuó Pueblita expedicionando por el Sur de Guanajuato, pasando en seguida al Poniente de Michoacán por Sahuayo, Cotija y Tingüindín, en donde en la noche del día 16 trató de sorprenderlo una fuerza imperialista, procedente de Los Reyes, al mando de los jefes Simón Diosdado y Antonio Marín, compuesta de trescientos jinetes y setenta y dos infantes. Se trabó el combate en las calles de aquel pueblo, combate que dió por resultado la completa derrota de los traidores y la captura de Antonio Marín que mandaba la caballería, y el cual fué pasado por las armas en el acto.

La brigada Pueblita permaneció en Tingüindín y Los Reyes, y el 22 llegó hasta San Juan Jarangaricutiro. Lo dejaremos aquí, mientras concluyo este capítulo y se narran, al principio del siguiente, sucesos de mayor importancia.

El licenciado del Moral, que veía que en Michoacán iban acabando los partidarios del imperio, y que los republicanos contaban más y más con la opinión pública, insistió en su

taimada renuncia y la hizo por cuarta vez en los siguientes términos, en que me voy á permitir subrayar algunas frases:

“Señor.—La política que V. M. ha tenido á bien imprimir á su gobierno, no ha correspondido á los altos fines que, sin duda, se propuso V. M. al adoptarla. Bien al contrario: los pueblos la han visto con suma desconfianza y *la revolución con marcado desdén*.

“Extinguido el entusiasmo de los primeros, han caído en la indiferencia, de la que luego pasarán al odio.

“La revolución, reconocidos sus títulos por V. M. de un modo explícito y solemne, desprecia las concesiones, porque está autorizada competentemente para estimarlas como justas reparaciones de legítimos derechos; marcha á su fin; nada la detiene, y triunfará tal vez en el Departamento.

“Y no es que sea fuerte por el poder de las armas: su fuerza consiste en la debilidad del Gobierno. No tiene éste pensamiento fijo, no hay acuerdo en sus disposiciones, faltan en todo la oportunidad y la unidad de acción: en suma, Señor, *se echan de menos la inteligencia superior que dirija, la voluntad firme que decida, y la mano vigorosa que ejecute*. El caos, por tanto, es la consecuencia necesaria. Tal es la situación de Michoacán. Cumple á mi deber como autoridad, y á mi lealtad como caballero, manifestarlo con franqueza á V. M. al insistir por cuarta vez en la renuncia que hago de la prefectura.

“Ruego á V. M. se digne admitirla, para librarme al menos del ridículo, que es la suerte que está reservada á los funcionarios públicos de este desventurado Departamento.—Morelia, Junio 5 de 1865.—Antonio del Moral.”

Por de pronto no recibió del Moral contestación alguna, viéndose precisado á continuar al frente de la prefectura.